

«El amor que no osa decir su nombre...»: (3) Bisexuales en tierra de nadie

Creemos que resulta imprescindible partir de la definición de bisexualidad para adentrarnos en la comprensión de este mundo en cierto modo desconocido, ubicado en *tierra de nadie*, al estar descolgado de las orientaciones homo y heterosexual. Para ello he considerado importante dar comienzo a estas líneas determinando el significado de dos conceptos básicos que nos ayudarán a conocer mejor qué es la bisexualidad. Debemos diferenciar entre las nociones de *identidad de género* y *orientación sexual*. Mientras lo primero hace referencia al sentido psicológico, social y cultural de ser hombre o mujer (esto es, vivimos como mujeres o como hombres), la orientación sexual alude a la atracción emocional, romántica, sexual o afectiva hacia otra persona. De este modo, distinguimos tres orientaciones sexuales: homosexualidad, heterosexualidad y bisexualidad. Así, el ciclo iniciado con la temática de *orientaciones sexuales* para la revista *adistancia*, quedará cerrado realmente con este último artículo, puesto que la cuestión de la transexualidad (en el próximo), vendría asociada, sin embargo, a la identidad de género.

Tras este apunte, nos preguntamos ¿qué es entonces una persona bisexual? Abramos bien ojos y oídos ante esta definición, pues a partir de ella trataré de ir desmintiendo algunas nociones erróneas sobre el concepto: una persona bisexual es «aquella que siente atracción sexual, emocional y afectiva tanto hacia su propio género como hacia el género opuesto».

Al igual que ha sucedido con la homosexualidad, la bisexualidad ha despertado una corriente (más o menos) académica de estudios acerca de su origen, causas, su punto de inicio, etc., que a su vez ha desencadenado diversas teorías explicativas (véanse aquellas referidas a las estructuras cerebrales, al exceso o defecto de ciertos neurotransmisores, a la cantidad o variedad de hormonas, a las primeras experiencias y condiciona-

mientos sexuales..., etc.). Más allá de pretender encontrar una causa última de la bisexualidad, planteo ¿por qué nos preguntamos el origen de la bisexualidad y no el de la heterosexualidad o, en última instancia, el de la orientación sexual en general? Tomemos consciencia de que muchos de estos planteamientos aparentemente científicos esconden quizá un enfoque heterosexista, haciendo patológica cualquier orientación distinta a la heterosexual. Tratar de buscar factores casuales, con matices de culpabilidad, nos aleja aún más de una postura de respeto hacia la diversidad.

Algunos mantienen que la necesidad de estudiar las causas de la bisexualidad no surge ante una visión enfermiza o desaprobadora de la misma, sino que justifica su punto de partida en la antinaturalidad del fenómeno, esto es: se

REBECA
ESTHER
NOVILLO
PSICÓLOGA



distancia

Colaboraciones

considera que la bisexualidad no contribuye a la reproducción y por tanto a la perpetuación de la especie, de lo que se deduce que es contranatura. Sin embargo, debemos distinguir entre aquello que es natural y las prácticas que conllevan reproducción, puesto que, observando el mundo animal, encontramos diferentes especies dentro de las cuales individuos del mismo y diferente género mantienen contactos sexuales entre ellos. De este modo, la bisexualidad sí aparecería como un fenómeno natural puesto que tiene lugar en la esfera de la naturaleza y el mundo animal. Conrad Phillip, en el libro titulado *Antropología cultural*, escribe: «La flexibilidad en la expresión sexual humana es un aspecto de nuestra herencia primate. El comportamiento homosexual y bisexual se da entre los chimpancés y otros primates. La heterosexualidad se practica en todas las sociedades humanas, pero las alternativas están también muy difundidas».

Enlazando con la cuestión de la naturalidad, me gustaría citar a Freud, sin entrar en acuerdos o desacuerdos acerca de sus planteamientos sobre la sexualidad humana: «Todas las personas pueden tomar como objeto sexual a personas del mismo sexo o del contrario... y repartir su libido, ya sea de forma manifiesta o latente, sobre objetos de ambos sexos... En algún momento de nuestra vida todos hemos practicado una elección homosexual, aunque después unos la hayan relegado al inconsciente y otros se defiendan manteniendo una enérgica actitud contraria a ella». Un fenómeno a destacar es el que acontece en entornos habitados por un único género (fijémonos en internados, prisiones, contextos eclesiásticos, etc., en los que individuos del mismo género conviven, sin posibilidad de contacto con el género opuesto): en estos casos prolifera-

ran las relaciones homosexuales; esto es, pareciera que el ser humano busca, en cualquier circunstancia, una descarga de esa energía sexual, independientemente de encontrar ésta como objeto de proyección en un hombre o en una mujer.

Si pensamos en la bisexualidad desde un plano más historicista, podemos caer en la cuenta de que esta orientación ha estado presente a lo largo de toda la crónica de la humanidad. Quizá nos resulte más complicado detectar a un individuo bisexual frente al/la homosexual, por el sencillo hecho de que aquél puede pasar más fácilmente desapercibido, haciendo visibles únicamente sus relaciones heterosexuales. Esto no debería llevarnos a etiquetar a esa persona como heterosexual, puesto que nada nos asegura que la vivencia de su sexualidad sea otra diferente.

La antropóloga Margaret Mead llamó la atención sobre las variaciones del comportamiento sexual de una cultura a otra; y en un estudio posterior de Ford y Beach, en los años 50, se descubrió una amplia diversidad en las actitudes hacia la bisexualidad y homosexualidad, más concretamente. Los resultados arrojaron un dato importante: las actividades homo y bisexuales estaban ausentes, eran raras o secretas sólo en el 37% de todas las sociedades sobre las que se elaboró el estudio; en las restantes, dichas prácticas se consideraban normales y aceptables. Esto pone de manifiesto el carácter relativo que describe a los conceptos de *normalidad* y *anormalidad*, quedando éstos representados a través de criterios diferentes en cada contexto sociocultural. En España, actualmente gozamos de una situación privilegiada, en algunos aspectos incluso de mayor apertura con respecto al resto de Occidente.

 distancia

Bisexuales en tierra de nadie
**EL AUTODESCUBRIMIENTO.
OBSTÁCULOS**

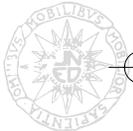
Retomando las palabras pronunciadas por Freud, detengámonos en la frecuencia, ya no sólo de relaciones homosexuales acontecidas en contextos en los que sólo hay un género presente, sino en lo habitual que resultan los contactos de tipo bisexual durante la infancia, pubertad y adolescencia de cualquier individuo. Es muy común haber iniciado prácticas tanto con nuestro propio género, como con el opuesto, a lo largo de nuestro proceso de auto-descubrimiento y descubrimiento, a su vez, del otro/a. La necesidad de exploración, de investigación y conocimiento en la sexualidad humana conlleva una curiosidad no sólo hacia el cuerpo de aquel que exhibe el género opuesto al nuestro, sino también hacia el mismo. Muchas de esas vivencias son olvidadas o, en términos freudianos, «relegadas al inconsciente» por diferentes motivos (quizá el más relevante de todos ellos sea la sociedad repleta de modelos heterosexuales en la que nos desarrollamos). Sin embargo, dichas experiencias constituyen una fase importante en nuestro proceso de desarrollo, de evolución hacia la definición, tanto de nosotros mismos como de los otros, contribuyendo a nuestro autoconcepto y autoimagen. Vital es el saber integrar este tipo de experiencias (se remitan éstas únicamente a las primeras etapas de nuestra biografía, o se extiendan hacia la continuación de nuestra vida adulta) de un modo normalizado, saludable, obedeciendo a la naturalidad de dichas prácticas.

Algunos de los individuos que han experimentado vivencias bisexuales durante su infancia y adolescencia se definen posteriormente como heterosexuales, mientras que otros lo harán como bisexuales

o como homosexuales. En cualquier caso, resulta absolutamente natural que experimentemos y tanteemos con diversas facetas y expresiones de nuestra sexualidad. Yo mantengo la idea de que no deberíamos etiquetarnos ni tampoco etiquetar a los otros de forma definitiva, en función de su recorrido sexual hasta el momento, sea cual fuere la etiqueta asignada, puesto que contemplo la sexualidad y sus manifestaciones como un proceso que, como tal, no tiene por qué seguir una línea continua, pudiendo aparecer variaciones en lo que hasta entonces la persona (o personas de su entorno) consideraba su orientación sexual.

La exploración a través de contactos y relaciones bisexuales, que llevará a cada sujeto a una u otra orientación, puede verse más o menos favorecida o desfavorecida por cada entorno cultural y social, según cuales sean las actitudes de aquellos que lo habitan en torno a la diversidad sexual. A menudo los padres reaccionan escandalizados al encontrar a su hijo/a de temprana edad jugando éroticamente con un amigo/a de su mismo género (también es cierto que muchos quedan asustados ante tal escena, se desarrolle junto a alguien de igual género u opuesto; pero esto nos inclinaría hacia un debate acerca de la sexualidad infantil y la necesidad de un conocimiento de ésta que no tiene cabida en este artículo). Yo les diría a esos padres que podrían estar satisfechos porque sus niños estén desarrollándose y explorando su proceso sexual de forma completamente saludable. No sólo eso, sino que podrían sentirse muy orgullosos de que sus descendientes no hayan interiorizado aún los criterios homófobos que se transmiten a menudo, explícita o implícitamente, desde la sociedad.

Más allá de la infancia y la pubertad, la toma de consciencia, aceptación e in-



distancia

Colaboraciones

tegración de la bisexualidad puede vivirse con mayor o menor nivel de dificultades. En el momento en que la persona se da cuenta de que puede sentirse atraída sexual y afectivamente, tanto por aquéllos/as de su mismo género, como por los del contrario (obviamente, no suele tratarse de un golpe de conciencia, sino de algo progresivo), pueden acontecerle sensaciones de extrañeza, confusión, desorientación, necesidad de negación (no sólo de cara al exterior, sino también hacia sí mismo/a), etc. Pero todas estas emociones y muchas otras aparecerán en mayor o menor grado e intensidad, pues cada proceso humano se ve determinado por la personalidad, el entorno, la educación e historia de vida de cada individuo, entre otros factores. De ahí que resulte imposible describir «el proceso de la persona bisexual» como rótulo que englobe a toda una diversidad de individuos. Es evidente que sobre la dificultad o, todo lo contrario, facilidad que pueda reinar en esta evolución influirán notablemente la actitud y comportamiento de los familiares, del grupo de amigos/as, y del resto de educadores (entre otros). Pero no sólo el micromundo del individuo puede afectar a su progresión, sino que también el marco social y cultural configurado por la opinión pública, los medios de comunicación, las tradiciones, etc. se verá implicado. De aquí se desprende la importancia de construir sociedades preparadas para el enriquecimiento a través de la diversidad sexual.

La condición bisexual puede resultar, a lo largo de este proceso de autodescubrimiento, más fácilmente camuflable que la homosexualidad; al menos a primera vista: el/la adolescente *solamente* habrá de ocultar aquellas relaciones y contactos que correspondan a su faceta homoerótica, haciendo visibles exclusi-

vamente los de carácter heterosexual. Digo *solamente* de forma irónica, puesto que, aunque muchos consideran que esta forma de vida puede mantenerse a largo plazo sin mayor conflicto, en mi opinión puede llegar a producir sentimientos importantes de frustración impidiendo, en definitiva, una plena autorrealización de la persona.

En muchos casos (como comentaba líneas más arriba), las personas bisexuales pasan desapercibidas, como resultado de este semientramamiento, de este ocultamiento a medias. Esto favorece el que la bisexualidad sea contemplada como un fenómeno prácticamente inexistente, que no tiene lugar salvo raras excepciones (cuando es precisamente al contrario: la mayoría de individuos han vivido algún tipo de contacto bisexual a lo largo de su existencia). En alguna ocasión he escuchado opiniones acerca de lo sencillo que resulta ser bisexual y no sentirse por ello: «al fin y al cabo sólo tienes que orientarte hacia las personas del género opuesto, ya que al sentirte por hombres y mujeres, puedes elegir a aquel sector más correcto socialmente: el del género opuesto». Sin embargo, considero que cualquier negación de mi sexualidad conlleva para mí malestar que, tarde o temprano se verá manifestado como una especie de *alarma interior*, avisándome de que estoy no ya desatendiendo, sino negando una faceta que configura mi sexualidad. Es decir, tan fundamental resulta que aquel que se considera homo o heterosexual viva su sexualidad de un modo realizador, como que las/los bisexuales tengamos la libertad de hacerlo, tanto en nuestra orientación hacia mujeres como hacia hombres.

Escudándose en el argumento que antes exponía, hay quien opina que «es mucho más sencillo ser bisexual que

distancia

Bisexuales en tierra de nadie

homosexual». En cualquier caso, veo un poco absurdo tratar de generalizar al respecto, puesto que al ser el proceso diferente en cada individuo, sería difícil determinar quién sufre mayor agravio.

MITOS SOBRE LA BISEXUALIDAD

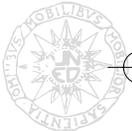
Llegado a este punto, quisiera revisar algunas de las falsas creencias asociadas a la orientación bisexual. Empezaré por el mito del *vicio* (empleo una palabra textual, copiada de algunas miradas de la sociedad), según el cual se considera que las/los bisexuales vivimos una especie de adicción al sexo, la cual nos lleva a desear descontroladamente tanto a hombres como a mujeres. Hemos de darnos cuenta de que la forma que reviste la vida sexual de cada persona es un factor independiente de su orientación sexual. Así, al igual que sucede entre los/las heterosexuales, entre los que tiene cabida una completa diversidad con respecto a la posición y espacio que ocupa el sexo en sus vidas, podremos encontrar también diferentes modos de vivir la bisexualidad. A partir de esta creencia errónea, la opción bisexual puede aparecer frivolidada, no siendo comprendida en toda su amplitud; porque, si recordamos la definición propuesta al principio, ésta incluía tanto la esfera sexual como la afectiva y emocional.

Asociado al interior, podemos encontrar el mito que yo he designado de la *doble pareja*, de la *simultaneidad*, o también de la *infidelidad*. Esto es, pensar que aquel que es bisexual mantiene dos relaciones de pareja al mismo tiempo. Esto es falso: la bisexualidad no implica esto, que sería más bien una elección acerca del modo de llevar nuestras

relaciones sentimentales. Poligamia y monogamia nada tienen que ver con ser o no bisexual, sino que se dan como opciones que cada individuo escoge, al margen de su orientación sexual. Este mito enlaza, a su vez, con la idea también equivocada de que los/las bisexuales mostramos una mayor tendencia hacia la infidelidad, lo que se argumenta sobre el hecho de que al gustarnos tanto hombres como mujeres, se incrementarían las posibilidades de atracción y de relaciones sexuales extraconyugales. De nuevo, señalo que estas son opciones o elecciones de vivir las relaciones afectivas y no rasgos implícitos de la condición bisexual.

Seguimos conectando mitos (no es casual que se encuentren enganchados entre sí) y aparece el de la *atracción indiscriminada*, relativo a la creencia de que a las/los bisexuales nos atraen sexualmente *todos* los hombres y *todas* las mujeres. Una persona bisexual tiene también sus preferencias, gustos y criterios selectivos, que le llevan a sentirse atraída por unos individuos y no por otros y, además (como le ocurriría a cualquiera), esta atracción varía en grados, en forma e intensidad (nada extraño nos resulta este punto cuando hablamos de un/a heterosexual).

Por último, a pesar de que es seguro que existen muchos más por desmentir, el mito de la *indefinición* o *indeterminación*, esto es; contemplar la bisexualidad como una negación u ocultamiento bajo los cuales se esconde en realidad una orientación homosexual. Desde aquí se erigen críticas hacia la opción bisexual, pudiendo ser vista como miedo a definirse, a decantarse por una de las dos opciones; como si la sexualidad hubiera de ser obligatoriamente algo categórico, excluyente (una especie de imperativo a focalizar



distancia

Colaboraciones

nuestros sentimientos de atracción, o bien hacia hombres, o bien hacia mujeres).

BIFOBIA Y TRIPLE DISCRIMINACIÓN

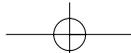
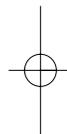
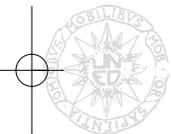
El último mito señalado me lleva a introducir el fenómeno de la bifobia o rechazo hacia los/las bisexuales como una realidad que en absoluto se limita al mundo heterosexual, sino que puede tener lugar también entre gays y lesbianas. La bisexualidad como una opción que no se decide a autodefinirse, como un enmascaramiento de una orientación en verdad homosexual, es en ocasiones una visión procedente de individuos que, curiosamente, han sufrido discriminaciones por su orientación homosexual, lo cual hace aún más incomprensible la crítica. Pero así es: parece que el haber sufrido las adversidades de una sociedad que no admite ni aprueba la diversidad sexual, o es garantía incondicional para la creación de un carácter abierto y respetuoso.

Así que, en cierto modo, las mujeres que decidimos vivir de forma manifiesta nuestra bisexualidad, podemos encontrarnos con una triple discriminación, y para explicar esto expongo mi caso: la primera censura sería relativa al hecho de ser mujer y vivir en una sociedad machista, en la que la figura del varón aún se sitúa por encima de la de la mujer en determinados ámbitos y situaciones. La segunda discriminación vendría referida a la faceta homosexual que existe dentro de mi orientación, frente a una sociedad heterosexista que rechaza la homoerótica. La tercera y última sería la asociada a mi bisexualidad, frente a esa parte del colectivo lésbico y gay que lo considera como una ausencia de autodefinición o enmascaramiento. Así, de forma añadida a la dis-

crimación que gays y lesbianas pueden experimentar, en algunas ocasiones podemos dar con la crítica del mundo homosexual.

Antes comentaba el heterosexismo dominante (por no decir absoluto) de nuestra sociedad: no tenemos más que fijar nuestra atención en los medios de comunicación, y en cómo proliferan los modelos de pareja heterosexuales, en tanto que en muy pocas ocasiones tienen cabida los configurados por individuos del mismo género. Esta ausencia o pobreza en la variedad de modelos deriva en múltiples consecuencias; entre otras, podríamos señalar la vivencia del/la bisexual como alguien extraño, que no se ajusta ni adapta a los parámetros de *normalidad* social, y la consecuente dificultad para encontrar referentes que contribuyen a la creación de su identidad y autoconcepto (proceso de vital importancia en la adolescencia). Además, la heterosexualidad es, en la mayoría de los casos y contextos, no sólo lo esperado, sino también lo que se sobreentiende, lo que desfavorece el que la persona que se vive como bisexual exprese abiertamente su orientación. Es tal el grado que alcanza la cultura heterosexista, que nuestras mentes parecen a veces adiestradas a pensar según este paradigma, incapaces de crear otros nuevos, adaptados a todas y cada una de las realidades; por ejemplo, muchos/as piensan que en todos los casos de relaciones de pareja entre dos mujeres o dos hombres, uno de los miembros ha de desempeñar el papel de varón y el otro el de mujer.

También, y añadido a este heterosexismo, encontramos el machismo, la superioridad que en ocasiones demasiado frecuentes encontramos del hombre sobre la mujer, lo cual implicaría una mayor dificultad e invisibilidad para las mujeres bisexuales.



distancia

Bisexuales en tierra de nadie

PROPUESTAS DE ACTUACIÓN

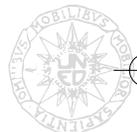
A modo de anécdota, recuerdo una vez en que, estando en la universidad, mi chica y yo nos besamos. Inmediatamente, un grupo de chicas aplaudió nuestro beso, vitoreándolo. Para mí este suceso representa a la perfección la ausencia de normalización existente acerca del tema. ¿Acaso aplaudimos cada vez que un hombre y una mujer se besan en un lugar público? Esto me lleva a la cuestión de la discriminación positiva. Personalmente, creo que ningún tipo de actitud o comportamiento discriminatorio, sea negativo o positivo, nos ayuda. Comprendo cómo tras haber sufrido fuertes desfavorecimientos, es lógico que tendamos a veces al extremo opuesto, radicalizándonos en lo contrario, exaltando el mundo bisexual, gay y lésbico frente a la opción heterosexual, en lugar de exaltar la diversidad sexual, incluyendo todas sus variantes; lo que, a mi modo de parece, nos llevaría a una visión mucho más saludable de la cuestión.

Hace poco comentaba con una conocida una noticia recientemente anunciada en pantalla: la apertura de un hotel con acceso restringido a personas gays y lesbianas (¿podrán acceder también a sus servicios los/las bisexuales que muestren explícitamente su faceta homosexual? Lo ignoro). Mientras yo razonaba cómo esta clase de estrategias desfavorecen la normalización, sino todo lo contrario, nos conducen hacia una especie de *apartheid*, ella me contraargumentaba aludiendo a cómo de ese modo ella evitaba una mirada de desaprobación o rechazo por parte de la persona que estuviera en recepción en el momento en que ella, junto a su novia, solicitara una habitación con cama de matrimonio. Totalmente de acuer-

do: estos lugares de acceso restringido permiten una expresión libre sin temor a ser agredida/, de ninguno de los modos posibles. Pero también fomentan el separatismo. Así que, ¿por qué no buscar la insensibilización –y por tanto normalización– en ese empleado/a recepcionista? Puede que la primera vez que se le presentara un caso de esta índole reaccionara sorprendido/a, quién sabe si incluso asustado/a... pero, ¿y la cuarta, o quinta vez que se viese en esa tesitura?

Siempre que debato con otras/os acerca del tema de la normalización, cuento otra anécdota personal, algo que me ocurrió cuando yo tenía aproximadamente unos 16 años: le pregunté a un amigo qué opinaba acerca de la bisexualidad (un modo de tantear muy habitual entre adolescentes en pleno proceso de autodescubrimiento) y él me contestó: «Pues nada, ¿qué voy a pensar?». Para mí el ideal se sitúa justamente en ese punto, asentado sobre un terreno en el que los juicios no son contemplados como posible respuesta, donde la cuestión de la diversidad sexual no es susceptible de recibir valoración de ninguna clase, ni positiva ni negativa.

Mientras tanto, nos encontraremos con reacciones más o menos teñidas por la bifobia, con actitudes de exaltación de lo bisexual frente a lo hetero, o de necesidad exacerbada de autorreafirmación, entre otras. ¿Qué podemos hacer durante este largo sendero hacia la (¿utópica?, espero que no) normalización? Desde mi perspectiva, considero fundamental la labor preventiva a través del ámbito de la educación, tanto la formal (colegios, institutos, universidades...), como la no formal, aquella integrada por la familia, el grupo de amigos/as, los medios de comunicación, etc. Hablo de una tarea de prevención y no de intervención, ya que



distancia
Colaboraciones

contemplo que lo deseable sería abordar esta temática anteriormente a la emergencia de actitudes de rechazo o condena hacia las diferencias sexuales. Esto exigiría que el individuo no recibiera ningún tipo de información negativa acerca del fenómeno, lo cual supone en el presente una verdadera utopía (esto, sin lugar a dudas ni interrogantes).

Pero, ¿cómo lograr esto desde una sociedad que no sólo censura o desaprueba opciones distintas a la heterosexual, sino que, en el mejor de los casos, obvia la existencia de otras orientaciones, negando su realidad, tangible y cotidiana? Por ello, nos situamos ahora ante la necesidad de desarrollar una ineludible labor en la que desmintamos ideas erróneas a través de un enfoque constructivo en el que, más allá de eliminar las creencias y actitudes equivocadas, se ofrezcan planteamientos alternativos basados en el respeto, la igualdad y el enriquecimiento a partir de la diferencia, hacia una construcción

en la que artículos como éste resulten sobreinformativos. Pero ciñéndonos al momento actual, quizá el primer (y fundamental) paso sería el de la información, puesto que por todos es sabido que el ser humano demuestra una capacidad asombrosa para la creación del tabú, así como para la elaboración de prejuicios e ideas equivocadas, erigidos sobre la desinformación y el miedo a lo desconocido. Se hace imprescindible una labor informativa desde la cual se nombre, se explique y se describa, pero esencialmente se reconozca como una realidad la existencia de la bisexualidad.

Concluyo con unas palabras de Adrienne Rich: «Todo lo que no se nombra, lo que no se describe en imágenes, todo lo que se disfraza con un nombre falso, lo que se hace de difícil alcance y todo cuanto esté enterrado en la memoria por haberse desvirtuado su significado con un lenguaje inadecuado o mentiroso, se convertirá no solamente en lo no dicho sino en lo inefable».

